

JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA. RETRATO ÍNTIMO

Juan Antonio Ortega y Medina. Intimate Portrait

Alejandro Salafranca Vázquez

Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad de México (México)

En este texto, Alejandro Salafranca Vázquez, antropólogo y sobrino nieto del historiador Ortega y Medina, dibuja un retrato sentimental del humanista malagueño exiliado en México. El texto es un acercamiento personal, a modo de diálogo intimista, entre un joven estudiante, Salafranca, y un viejo maestro, Ortega y Medina. El autor retrata al personaje en distancias muy cortas, mostrando sus pliegues más profundos. El miembro de la Academia Mexicana de la Historia aparece en carne y hueso, dejando por un momento de lado su enorme legado intelectual para dar paso a su parte más humana. El retrato oscila entre el hombre maduro, tierno pero huraño, y el niño alegre criado en el Molinillo y en calle Peña que, con los años y tras los estudios iniciales en la escuela normal de la plaza de la Constitución, saldrá de Málaga en 1936 a defender la República en tres años de ardua Guerra Civil. Finalmente, esta reconstrucción afectiva nos da cuenta de cómo Ortega y Medina llega a México trasladado en 1941, procedente de los campos de concentración franceses. Ya en México, desplegó una vastísima y fecunda carrera docente y de investigación en la Universidad Nacional Autónoma de México que lo transformaría en uno de los pilares de la historiografía mexicana contemporánea.

Palabras clave

Exilio, Ortega y Medina, Málaga, República, Guerra Civil, Universidad Nacional Autónoma de México

Throughout this text, Alejandro Salafranca Vázquez anthropologist and grandnephew of the famous historian Ortega y Medina, depicts a sentimental portrait of the great Spanish humanist who was forced into exile in México. Salafranca narrates a personal account through an intimate dialogue between a young student, Salafranca and a wise teacher, Ortega y Medina. The author depicts the character in short frames, revealing his most intimate details. Member of the Mexican Academy of History, Ortega y Medina is shown in the flesh and bone, leaving aside his intellectual legacy, showing his most human angle. This account tells a story of the sweet but reserved man and the joyful child raised in Molinillo and Peña street that throughout the years and after completing his studies at the Normal school in Constitution square, leaves Málaga in order to fight for the Republic in the Civil War. Shortly after Ortega y Medina arrived in México in 1941, having been on exile from the French concentration camps, he built a long and prolific career as professor for México's National University (UNAM), where he became an important pillar of Mexican Contemporary Historiography.

Keywords

Exile, Ortega y Medina, Málaga, Republic, Civil War, México's National University

Mi primer recuerdo de Juan Antonio Ortega y Medina brota al verlo llegar a Melilla bajando la endeble escalerilla del Vicente Puchol o del Antonio Lázaro, tanto da. Alto, ancho, derecho, albeo, narigón, elegante con cierto regusto del medio oeste, chaquetas de ante, camisas a cuadros con botones metálicos sin ojal, botín y corbatas sonorenses; todo ello le confería un toque exótico, pero sobrio. Se hospedó en el Parador Nacional Don Pedro de Estopiñán.

Por fin había llegado a visitarnos el tío de México, el historiador, el autor de grandes libros, el académico de la historia, el investigador de la mayor universidad de la hispanidad: la Universidad Nacional Autónoma de México. Aquel hombretón se había labrado en el imaginario adulto de mi padre –su sobrino– una aureola de respeto y admiración ganada a pulso por los muchos libros de su autoría que cruzaban periódicamente el Atlántico. Mi padre por aquel entonces aspiraba a terminar su licenciatura en Historia y opositar a plaza de agregado de instituto. Anhelaba ser HISTORIADOR con mayúsculas y su tío, desde que le mandara en los años cuarenta los álbumes en color de estampas y cromos de la historia de México, era su faro y su mentor en la distancia. Aquel lejano profesor, sangre de nuestra sangre, cercano hasta el tuétano por palmaria evidencia, era a su vez portador y mensajero, señal, señuelo y prueba arcana de dos mundos muy lejanos, uno por netamente distante –México– y el otro por oculto, amordazado en mi familia y en la España de entonces –el exilio, la represión, la guerra desde el otro bando, la República, la España transterrada–. De todo aquello, nada sabía yo en mi amnésica infancia transfretana por saharauí y melillense.

Mi padre y mi tío abuelo se sentaron finalmente en el salón de mi casa, espacio escoltado por un balcón encalado que daba a los viejos raíles de los ferrocarriles del Rif, en una estancia dominada por un enorme Telefunken Palm Color. Durante una cálida y desigual conversación, debatieron sobre la España que salía tímida de la dictadura en sesudas disertaciones que yo espiaba con mis ojos despieratos. Recuerdo con claridad una lapidaria filípica de aquel tío abuelo mío que hablaba con un acento insólito para nuestras tierras de Rusadir. Aquello que le oí cercenó la base de mis seguridades sobre mundo conocido y me arrojó a los ocho o nueve años de un jalón, a modo de un soplido disruptivo, a la duda metódica, al cartesianismo nítido. Aquella frase me hizo ver que todo lo que yo creía inmanente, inamovible e imperecedero, mis dogmas, pues, los podía quebrar un comentario proferido desde otra atalaya distinta y distante de la mía propia con ideas llegadas desde otras orillas, desde otras vidas, desde otras cicatrices, desde otra idea del mundo:

–¡Sobrino! ¿Una, grande y libre? Hay que superar esos símbolos. ¿Una? Nunca lo fue ni lo ha sido, la grandeza de España siempre se fincó en su pluralidad, en sus variadas culturas y lenguas, en la voluntad de sus pueblos de entablar un futuro común. España, mientras más sea una a la fuerza, menos será. España es en todas sus esencias o no será.

»¿Grande...? Un país es grande en sus ilusiones, en sus capacidades por transformarse, en su habilidad de reinventarse y de prosperar sin desnaturalizarse. Eso es grandeza y de todo eso a nuestra tierra aún le falta un buen trecho, y si de territorio se trata, pues apenas somos un poco más extensos que Chihuahua y Nuevo León juntos.

»¿Y libre? Te diré que está por verse cómo se obtiene una libertad plena teniendo tan encima la tutela de los que todavía velan las sábanas tibias del lecho de muerte en El Pardo.

Los ojos ilusionados de mi padre escuchando el desparpajo de su tío y la omnipresencia discursiva del mexicano en mi magisterial casa de 1979 son mi primer recuerdo de mi tío abuelo Juan Antonio Ortega y Medina, el más pequeño de los hijos de los antequeranos Socorro Medina y Felipe Ortega.

No lo volvería a ver hasta diez años más tarde. Aquella década transcurrida lo había sembrado en una sosegada vejez. Una asentada sesentena vestida con colores ocres, corbatas verde oliva, camisas color beige, guayaberas blancas, pantalones de toques chocolate en un paleta comprendida en los bermejotes de la tierra de la vega antequerana, frontera olivácea entre cristianos y nazaríes. Nos recibió en México capital y nos hospedó veintiún días en su espaciosa casa del Pedregal de San Ángel a mi padre, que ya por entonces era historiador profesional, a mis primos los Escalante y a mí mismo, que no era más que un chaval con el COU recién terminado. Un niño que cruzaba el charco por primera vez lleno de una curiosidad devoradora del mundo desde el prístino tamiz de mí mirar ultraperiférico.

En aquel viaje a un México deslumbrante, la hospitalidad de desbordancias barrocas que nos profesó y regaló su familia política caló especialmente en mí, tan así que, tras ires y venires, terminé por anclar mi vida desde entonces y hasta ahora en el valle de Anáhuac.

Aquel malagueño exiliado y su segunda esposa, Teresa Bosque Lastra –de la primera, Alicia Monjarás, enviudó en 1978–, tuvieron la generosidad de recibirme en su casa durante cuatro largos años, durante los que estudié mi licenciatura en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Eran ellos entonces un incipiente matrimonio entre alumna y maestro, entre una soltera y un viudo que habían empatado sus vidas para darse un segundo y postrero impulso. Ella era profesora de bachillerato de letras hispánicas, hija de familia acomodada con

unos ranchos ganaderos en el Pánuco tamaulipeco que le daban recursos de sobra, más allá de su profesión docente. Él era un hombre maduro, semijubilado e incansable profesor e investigador de primer orden, toda una vaca sagrada en Ciudad Universitaria, tótem viviente y productivo del prestigioso exilio republicano español. Yo quise estudiar Antropología lejos de la tutela paterna y no quise pasar de la estricta vigilancia de mi progenitor a un marcaje estrecho de mi tío abuelo; él lo entendió sin necesidad de mediar palabra y desplegó todos los años que me tuvo bajo su protección una suerte de régimen de libertad tutelada basada en una vigilancia no invasiva.

Allí instalado, en medio de aquellas dos vidas lejanas, largas e intensas, quise pronto penetrar los larguísimos silencios caseros de mi hospitalario, introvertido y misterioso tío.

Logré, a los pocos meses de arribar a México en el verano de 1988, penetrar el círculo de los viejos sabios que me rodeaban. Me ofrecí voluntariamente como privilegiado y esporádico chófer de la más refinada triada de académicos de la historia en el México de los últimos ochenta: Silvio Zavala, que me dejaba atónito al relatarme con suma cercanía sus aventuras de estudiante de doctorado en el Madrid de Alfonso XIII, un Madrid casi galdosiano que a mí me resultaba de cine mudo; Carlos Bosch, hijo de Pere Bosch Gimpera, último rector republicano de la Universidad de Barcelona y fundador en México del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, quien me contaba sus excavaciones juveniles en Ampurias; y finalmente el propio Juan Antonio Ortega y Medina, el padre de los estudios de historiografía anglosajona en el mundo hispánico y el primer mexicano naturalizado en ser admitido en el santa sanctorum de la Academia Mexicana de la Historia. De tal suerte que en mi posición de auriga urbano –conduciendo un Dodge Caprice color vino desde el Pedregal hasta la Ciudadela, en cuyas cercanías sesiona la Academia Mexicana de la Historia– me gané la confianza de más de doscientos cincuenta años juntos de sapiencia humanística.

Ese gran hombre que vivía rodeado con parsimonia y naturalidad de lo más granado de las mentes de su tiempo venía de esta ciudad de Málaga, de la que salió en 1936. Era malacitano de crianza y antequerano de stirpe. Para su hermana Socorro, mi abuela, siempre fue «Juanito», el resabiado y listísimo hermano menor, aquel niño criado entre la Goleta y el Molinillo, en calle Duque de Rivas, hasta que se mudaron en 1927 a la más elegante calle Peña para finalmente establecerse en 1934 en calle Álvarez. Allí alternaban con Juanito Cortés, con don Narciso Díaz Escobar, con su talentoso hermano mayor Felipe, que hacía entonces de comedió-

grafo cuando no estaba de servicio castrense en África. Empezaron a frecuentar tertulias en familia y departieron con el pianista Manuel Gil, el violinista Pepe Cabezas o la cantaora de saetas Lolita Parras. En aquellos años iban a la plaza de San Francisco a casa de Pepito Gutiérrez a charlar largas horas; en la transición de la monarquía a la República acudían en tranvía a Pedregalejo, a la plaza de toros o tomaban chocolate, café y tejerings con bizcochos en El Español o en el Madrid. Ese chico que hizo su ingreso al bachillerato en el Vicente Espinel en 1929, que estudió en la normal de la plaza de la Constitución, aquel chaval que hizo su mili en Zaragoza, aquel que acompañando a su cuñado Salvador –mucho mayor que él– había recorrido los campos andaluces llevando un cinematógrafo portátil por aquellos cortijos y pueblos analfabetos, desiguales, calés y hambrientos, ese mismo chava que se divertía en los Baños del Carmen, gozaba en los *titirimundi*, que reía y lloraba en el Cervantes o gozaba con sus hermanas en el carnaval, ese mismo crío labrado en las cicatrices de la guerra y el destierro había logrado en el exilio forzado por el secular cainismo ibérico un lugar de privilegio en el humanismo hispánico contemporáneo. Ese era Juan Antonio Ortega y Medina, un sabio malacitano y mexicano de buena letra, lectura honda y escribir pausado; un esteta puro que ponía a sus libros y textos títulos cautivantes que yo leía con fruición y no suficiente entendimiento: «De Andrenios y Robinsones», «Zaguán abierto al México republicano» o «El destino manifiesto».

Con el paso de los meses y los años me fui ganando la confianza de ese sabio al que visitaban con veneración sus alumnos de entonces, como una jovencísima Alicia Mayer, hoy historiadora consolidada de la mejor escuela orteguiana y entonces una brillante estudiante con la que tuve el privilegio de compartir momentos entrañables con mi tío Juan, su tierno y exigente mentor.

¿Qué sentimientos se maceraban en aquel hombre de escritura certera pero alambicada?, ¿qué anidaba en los cimientos sentimentales del mejor discípulo de O’Gorman?

Lo empecé a saber y a descubrir por fin una lluviosa noche de julio. Desde su recámara, ataviado quijotescaamente con un camisón de franela de una pieza y tocado con un paliacate rojo para oscurecer el ojo descubierto por su párpado zaherido por un obús de 88 mm en Gandesa, me dijo:

–¡Sobrino!, ¿hace una ginebrita?

Y de aquellas ginebras vespertinas tomadas en aquella casa desplantada sobre la misma lava que ahogó hace dos mil años a la Pompeya mesoamericana –la ciudad prehispanica de Cuicuilco–, allí, observados por bambús batientes contra las ventanas, por un sombrío cuadro de sor Juana y por otros me-

nos sombríos de meretrices al óleo, surgió la magia de la charla, de la plática cercana entre un viejo, él, y un joven, yo, al que se le permitió la insolencia de invitar a aquel encuentro en la intimidad a una anti-pática e imprescindible grabadora que hizo posible que aquellas charlas irrepetibles hayan llegado vitales hasta nuestros días.

En aquel cuarto de techos altísimos en el sur de la ciudad, supe que mi estirpe era de artesanos antequeranos hacedores de diligencias y carretas. Supe

Los ojos ilusionados de mi padre escuchando el desparpajo de su tío y la omnipresencia discursiva del mexicano son mi primer recuerdo de mi tío abuelo Juan Antonio Ortega y Medina

que mi bisabuelo, sin vocación manual, tomó el camino de las armas, que fue a Cuba y bajo las órdenes del entonces capitán Primo de Rivera combatió a mambises y norteamericanos, supe que allí el bisabuelo Felipe, viendo las corruptelas de la monarquía Alfonsina encarnadas en las absurdas carnicerías de ultramar, se hizo republicano hasta la médula. Supe que mi bisabuelo fue alcaide de Gibralfaro y que dirigió la caja de reclutas de Málaga desde la oficina de La Coracha. Conocí en profundidad la historia de los cinco hijos de Socorro y Felipe, de los que Juan Antonio fue el más chico, y de cómo quedó huérfano de madre muy pronto, concretamente el 7 de diciembre de 1927. Supe del hermano mayor, Felipe, militar profesional como su padre, liberal y republicano sin ambages ni fisuras. Me contó mi tío abuelo cómo, tras estudiar Magisterio en Málaga, partió a Madrid a la Universidad Central para estudiar Filosofía y Letras y cómo en el verano del 36 le pilló la guerra de vacaciones en Málaga. De cómo supo que su hermano impidió el alzamiento en Bilbao, de cómo él se alistó de inmediato voluntario en el cuartel de Capuchinos y del desastre con las milicias en el frente de Fuengirola:

—Imagínate, ¡solo combatían de día, creían que por la noche no había guerra!

Pidió de inmediato el ingreso en la Escuela de Artillería de Lorca, donde salió de teniente de campaña

del arma de artillería del Ejército Popular, el equivalente a alférez provisional de los nacionales. Aquí se detuvo. Respiraba a jalones y me confesó que, estando en Lorca, tras conocer la caída de Málaga el 7 de febrero del 1937 en manos de los italianos y saber por boca de los huidos sobre las masacres de civiles en la carretera de Almería, quiso desertar e ir a Málaga a proteger a los suyos, ir de inmediato a saber de su hermana Julia, embarazada de nueve meses y que dio a luz en calle Álvarez el mismo día que los *bersaglieri* entraban chulescamente en la Alameda. Solo el sentido común lo detuvo en Lorca.

Luego combatió en Madrid dirigiendo el fuego artillero desde los altos del Palacio de Comunicaciones. Me contó cómo en el Ebro lo hirieron y a su enlace lo pulverizó una bomba de aviación, no dejando de él más que las cachas blancas de su pistola. Herido de gravedad entre Calaceite y Gandesa, ciego y sordo lo evacuaron a Cambrils. Sobre este episodio conocí años más tarde la carta que el teniente Rufino Bañón escribió el primero de mayo de 1938 a su superior Gabriel Vidal, de la Comandancia General de Artillería del Ejército de Maniobras, informándole sobre el estado de Ortega y Medina tras su evacuación del frente: «... [Lo] sentí muchísimo, pues me privó este accidente de un oficial que en todo momento dio muestras de su competencia, serenidad y valor, tanto que ha sido propuesto por mí para su ascenso inmediato».

Allí detenía de nuevo el relato para hablar de dos cosas: de la enfermera que le salvó la vida y de la que se enamoró, Josefina Cases Jové, cuyo nombre pronunciaba imitando el acento catalán, y de la noticia de la caída en manos de los sublevados de la plaza de Bilbao, desastre este que le trajo los peores presagios sobre el futuro de su hermano Felipe, jefe de una brigada mixta en el cinturón de hierro vizcaíno.

Tras la derrota del Ebro, se retiró a la frontera, donde inutilizó sus piezas, arengó a lo que quedaba de su batería, perteneciente a la Cuadragésima Segunda División de la Tercera Agrupación de la Reserva General de Artillería, y cruzaron todos en formación la frontera para ser recibidos de la manera más vil que pudo imaginar por el Gobierno francés. Internado más de un año en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, hacinado en el campo 1, barraca 446, entre fríos, reúmas, arena, piojos, disenterías, bayonetas senegalesas y felonías francesas, pasó el tiempo estudiando alemán con otro prisionero, ambos presos y humillados por mor de sus lealtades.

¡Salir de aquella playa infernal le costó un Perú! Nunca se afilió a sindicato alguno, nunca militó en partido alguno, fue un civil voluntario metido a militar durante tres años en el Ejército Popular de la República defendiendo a cañonazos los intereses de lo que él y su tradición familiar castrense y liberal

consideraban legítimo. Era un demócrata sin más partido que la República, de ahí que barco a barco despachados por partidos y sindicatos zarpaban desde Francia hacia América y él permanecía sin padrinos varado en la playa, trasladado al campo de Vernet d'Ariège, con la Francia de Vichy amenazante, con los banderines de enganche de la Legión Francesa a pie de alambrada y con los nazis cerca tras burlar y mofarse de la línea Maginot.

Nuevo alto, nuevo sorbo de ginebra, Larios para más señas, nueva mueca:

—Aquella ya no era mi guerra y no iba yo a hacer esa guerra tras la traición de los socialistas franceses a la República Española.

Por fin, en 1941, in extremis, logró zarpar por la solidaridad de un amigo militante. El general Cárdenas en México los dejó desembarcar en Coatzacoalcos. Parte de la opinión pública estaba en contra de la llegada de tanto rojo español y el Gobierno cardenista alegó en su defensa que ese barco tardío —los primeros llegaron en 1939 a Veracruz en loor de multitudes— era de campesinos que venían a repoblar el sur de Chiapas. En aquel barco no venía ningún campesino, quizá algún obrero, mucho maestro, técnico, abogado, pero labradores ninguno. Pasaron todos a Tapachula y vivieron de comer bananas maduras no aptas para la exportación. La aristocracia pueblerina recelaba de ellos y los atacaba en la prensa local. Ortega y Medina escribió en *La Pulga*, el medio local, un culto artículo de desagravio en defensa de la dignidad y la legitimidad de la causa vencida en España titulado «Contumelia maledicti». Ese texto le valió que un hacendado alemán, Juan Hintze, al percatarse de que no era campesino sino maestro, lo becase y lo despachase a la capital del país a buscarse un mejor futuro. La beca germánica le duró poco, México le declaró la guerra al Reich y embargó todos los bienes de los ciudadanos germanos y encerró a los varones en el fuerte de Perote. Su benefactor se esfumó en una fría fortaleza de Veracruz y Ortega y Medina se vio obligado a buscarse la vida.

Clases de primaria en el colegio republicano español Luis Vives, venta de medicamentos veterinarios por las granjas lecheras de las afueras de la entonces manejable capital y finalmente su matrimonio en 1942 con Alicia Monjarás —una mujer que confió plenamente en él, una muy seria maestra de secundaria que lo mantuvo alejado de las granjas lecheras para que se centrara en estudiar—. No se defraudó ni a sí mismo ni a su esposa benefactora, ni al país que le salvó la vida. La generosidad de México y de su presidente Cárdenas la correspondió con estudio y con rigor. Estudió en la normal superior, más tarde en el viejo edificio de Mascarones cursó la licenciatura en Filosofía y Letras, hizo también en la UNAM la maestría y el doctorado,

consiguió a mediados de los años cincuenta plaza a tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras e inició una larga carrera como maestro y como investigador de cuya glosa ya nos habló la doctora Mayer a través de su inmensa producción historiográfica.

Rigor, siempre rigor. Con sus primeros sueldos, volvió a la Península e invitó a gran parte de su familia en 1956 a visitarlo en Lisboa. Justo veinte años después, una guerra de por medio, un campo de concentración y un hermano fusilado en Santander por defender Bilbao, volvía a abrazar a su padre y a sus hermanas. Su padre octogenario lo esperó para morir en paz en Antequera a los pocos meses de haber abrazado a su hijo en la desembocadura del Tajo.

A Málaga volvió en 1959 y no dejó de regresar hasta el mismo 1992, en que murió con las botas puestas, corbata en ristre y pluma afilada mientras comía una sopita antes de salir para presidir el examen de grado de su querida alumna Alicia Mayer.

«¡Díganle a Juanito que vengue mi muerte!». Con esa frase terminaba la carta que su hermano Felipe —«un malagueño, héroe todavía no vindicado de la defensa del País Vasco contra el fascismo»— había escrito en capilla antes de ser asesinado por el ejército nacional, que lo acusaba de «rebelión» por su lealtad al legítimo Gobierno republicano. De esa carta, de la muerte de su hermano en Santander, del suplicio de su viuda Caridad en la posguerra, de las traiciones de los muchos que abandonaron a la República a su suerte nunca me habló, eso lo averigüé cuando su viuda me obsequió aquellos lacerantes documentos.

Solo lo vi llorar una vez. Fue en la sala de conciertos de la UNAM, la magnífica Nezahualcóyotl. Allí, juntos escuchamos un soberbio concierto de José Menese. Hora y media de cantes de minas, fraguas y quejíos le hicieron llorar, lo quebraron. Volvió a sus querencias ancestrales, volvió a los campos de Málaga y a Antequera de la mano de su querido cuñado Salvador, volvió a la Málaga de sus clases de declamación con don Narciso Díaz Escobar, las conversaciones con don Adolfo Reyes, de las tertulias en casa de Pepito Gutiérrez en la plaza de San Francisco, de Pepe Sánchez Vázquez, de Juanito Cortés, de su amigo Montañés, de su cuñado Paco López —del que siempre hablaba con cariño—, de su talentoso hermano Felipe —que antes que héroe y mártir fue compositor y dramaturgo—; retornó a su patria sanguínea, la de su niñez viendo levantarse el mercado del Molinillo, la de su juventud trunca a base de bombas, alambradas y felonías.

Hablé con él por última vez cuando ya estaba muerto. Encamado y entubado en un fastuoso hospital del sur de la Ciudad de México; una de sus cuñadas ultracatólicas le había colocado en el puño

una estampita de Escribá de Balaguer. Me desquició tamaña falta de sensibilidad, me pareció una falta de respeto, una insensibilidad palmaria despedir a un laico, a un republicano respetuoso de la Iglesia pero luchador por la separación de esta del Estado, un hombre que, a la vez que colaboró en su Málaga natal en 1936 para proteger los retablos de la catedral tapiándolos, se dejó también la piel luchando

contra aquel que quería gobernar bajo palio. ¡No se podía morir con Escribá en el puño!

Sin disimulo, le retiré la estampita, le tomé la mano albea y le susurré al oído:

—¡Tito!, ¡viva México!, ¡viva España!, ¡viva la República!

Ciudad de México-Málaga, diciembre de 2016